

—Sí, cree que la revolución que van á promover los porfiristas será formidable.

—Y lo sería si no les tuviéramos tomadas todas las avenidas. Ya tenemos contados uno á uno los soldados de que disponen, ya tenemos en lista á todos los jefes que van á pronunciarse, conocemos todos sus elementos mejor que ellos. Porfirio Díaz cuenta con dos mil hombres y doce piezas de artillería; pero lo rodearemos prontamente con siete mil veteranos mandados por jefes como Alatorre y Rocha, con los cuales basta y sobra para pulverizarlos. Treviño y los demás revoltosos de la frontera del Norte sí podrán armar de tres á cuatro mil hombres; pero antes de que puedan moverse, ya tendrán encima como unos seis mil hombres de buenas tropas del gobierno, mandados por Zepeda, Florentino Carrillo y otros jefes de confianza. A García de la Cadena y á cuantos se le unan en el Interior, los aplastaremos con la cuarta División y con las guarniciones que tenemos listas en San Luis y Guanajuato. A los conspiradores de México no les perdemos pisada, de tal modo que el primer día que quieran moverse, se verán conducidos á Santiago Tlaltelolco por la policía. El único que me inquieta un poco es Donato Guerra; pero á ese lo contendremos el tiempo que sea necesario al frente de las tropas que manda sin concederle ninguna licencia, y mientras sirva al gobierno, no se pronunciará. Que vengan, pues, con sus amenazas y con sus revolucioncillas. . . . ¡cho! ¡cho! Aquí los estamos esperando nosotros para darles su merecido.

—¿De modo que tú no crees que haya peligro en que se haga mañana ya la declaración del Congreso?

—Debe hacerse, una vez que estamos preparados.

—Bien, contestó don Benito brevemente, dí á Castillo Velasco que lo arregle para mañana.

—¡Cho! ¡cho!

El ministro salió á toda prisa relamiéndose los labios por las ejecuciones que veía en perspectiva tan luego como estallara la guerra.

Como el gobierno había cuidado principalmente de tener diputados suyos en el Congreso, que era donde estaba la llave del poder, aunque no hubiera tenido la mayoría de los votos para la Presidencia, se hizo la computación á toda prisa y se declaró con pasmosa precipitación que el ciudadano Benito Juárez había resultado electo Presidente de la República.

Los diputados de la minoría protestaron, los periódicos lerdistas y porfiristas dijeron pestes contra los abusos enormes de los funcionarios, la nación se estremeció indignada ante aquel lujo de cinismo que acababa de un golpe con el sistema republicano; pero triunfaba el principio de autoridad, que era el caballito de batalla de los que manejaban el pandero.

Entonces los hombres de acción no quisieron reprimir sus ímpetus, y sin esperar á que el caudillo empuñara la bandera de la rebelión en la Noria, resolvieron de una manera muy torpe, seguramente, librar la primera batalla.

Creían contar con toda la guarnición de México, por tener en ella á sargentos, á oficiales y hasta á jefes bien comprometidos, y acordaron pronunciarse el 1° de Octubre, aprovechando quizás la circunstancia de que ni el ministro de la guerra ni el comandante militar se encontraban en sus puestos.

El primero se había ido á hacer una de sus visitas

de costumbre á su amigo el cura de San Angel, y el segundo andaba de paseo en una de las haciendas de las inmediaciones.

El señor Juárez estaba, como de costumbre, en su despacho acordando los negocios pendientes con su secretario particular, cuando se presentó un ayudante diciéndole:

—Señor Presidente, se han pronunciado la guardia de la cárcel de Belem y la Ciudadela. Se dice que también ha seguido el movimiento el 1° de Línea.

El señor don Benito Juárez se levantó con toda tranquilidad, tomó su sombrero y se encaminó á la puerta de Palacio.

Ya sabía que no podía contar ni con el ministro de la guerra ni con el comandante militar, y él personalmente dictó las primeras disposiciones que fueron: ocupar las alturas principales con las tropas disponibles, sacar á la calle la artillería y hacer que ocurrieran los jefes principales á recibir órdenes.

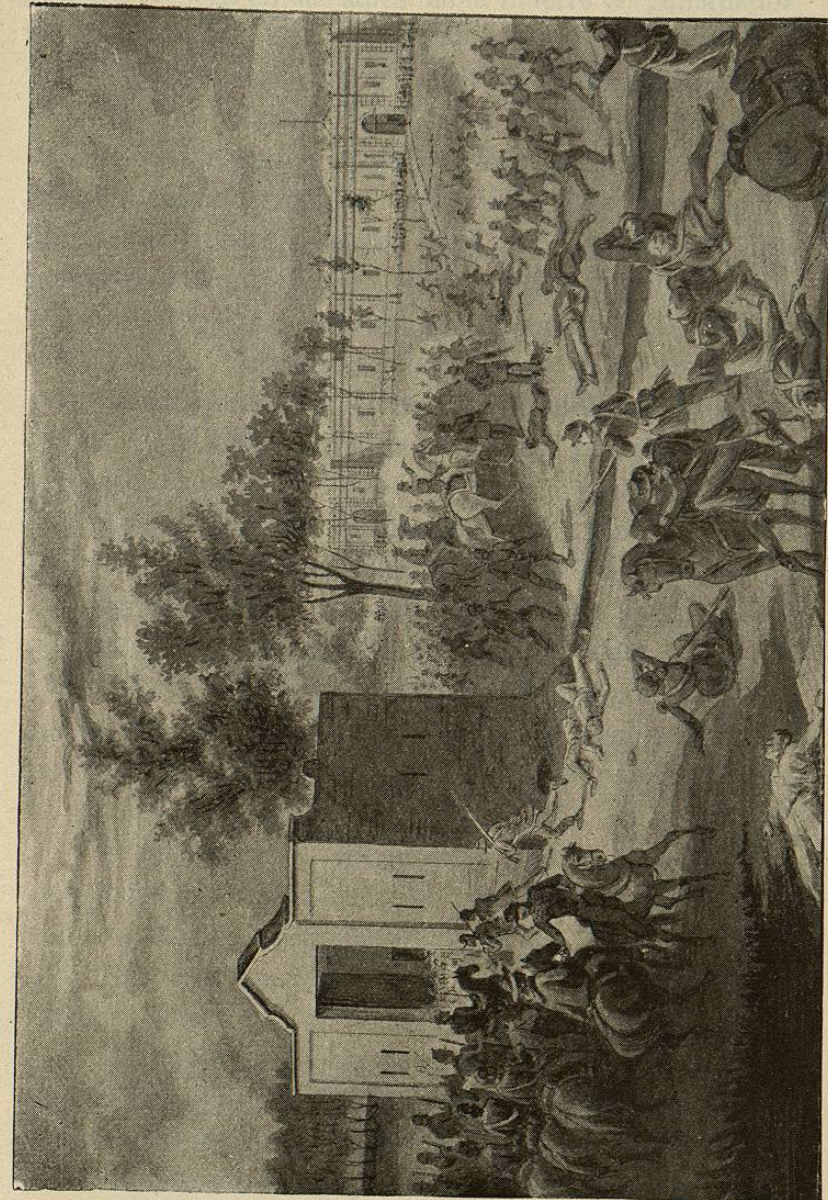
Los primeros que se le presentaron fueron los generales Donato Guerra y Sóstenes Rocha, y á ellos encomendó practicar las operaciones sobre los puntos pronunciados.

—Señor, le dijo alguno de los amigos de que estaba rodeado, el General Donato Guerra está comprometido con los porfiristas.

—Está más comprometido con su deber, contestó don Benito.

Y don Donato Guerra fué á situarse en el Paseo al frente de ochocientos dragones.

Le dieron parte á don Benito Juárez de que en la



*Ataque de la Ciudadela.*

primera refriega en las calles había muerto el gobernador del Distrito.

—Pronto será vengado, contestó imperturbable.

Cuando volvieron los oficiales que habían ido á inspeccionar el campo enemigo y dieron parte de que la revolución estaba localizada en la Ciudadela con novecientos presos que se habían sacado de la cárcel de Belem y cien hombres de tropa de línea, mandó retirar los retenes que ocupaban las torres, ordenó que se metieran los cañones que se habían abocado en las esquinas, y él, seguido de gran acompañamiento, se dirigió á la estancia Presidencial y salió al balcón principal como punto de observación.

A los diez minutos se empezaron á oír los cañonazos y muy apenas los disparos de la fusilería.

En la Ciudadela se había reunido una docena de los generales descontentos, Negrete, Toledo, Cosío Pontones, Chavarría y otros, que al oscurecer, después de ocho horas de desigual combate, viendo que no eran secundados por los militares comprometidos que habían recibido dinero, se pusieron en salvo.

El ministro de la guerra llegó cuando todas las disposiciones estaban dadas, sólo para ordenar que á nadie se diera cuartel.

Rocha no necesitaba por cierto de tal recomendación.

Cuando ya no había quien supiera manejar los cañones en la Ciudadela, y se encontraban allí á lo sumo unos trescientos hombres sin jefe y sin procurar defenderse, entró Rocha con sus tropas simulando un terrible asalto.

Se mandaron encender antorchas, se formó en el patio á los prisioneros y empezó la matanza.

A las diez de la noche se fusiló á seis oficiales. A las once á veinte cabos y sargentos. A las doce á cincuenta soldados de línea y en seguida á los paisanos. A las cinco de la mañana iban fusilados trescientos infelices.

Todavía á las seis de la mañana fueron fusilados otros doce sospechosos traídos de las calles inmediatas.

La cuarta reelección de don Benito había sido bautizada con un arroyo de sangre.

La revolución porfirista se había iniciado con la hecatombe de la Ciudadela.

Mientras el general Donato Guerra derramaba lágrimas de ternura viendo que se sacrificaba á trescientos hombres inocentes, el ministro Mejía se frotaba las manos por el espléndido triunfo que había alcanzado el principio de autoridad.



## CAPITULO LXVI.

### *Mutuas agonías.*

Las trescientas y tantas víctimas que se sacrificaron en la Ciudadela durante la noche del 1° de Octubre y la mañana del día 2, inyectaron de sangre la atmósfera de México y durante ocho días se estuvieron aspirando aquellos vapores mortíferos.

El día 3 de Octubre, ¡siempre esa fecha fatal! se presentó al Congreso firmada por los diputados Alfredo Chavero, Prisciliano María Díaz González, Gumesindo Enriquez, Rafael González Paez, Gabriel M. Islas y José Romero, el proyecto de suspensión de garantías y facultades extraordinarias, estableciendo la ley marcial y condenando á muerte á cuantos se pronunciaran y fueran desafectos al supremo gobierno.

A la matanza de la Ciudadela y la ley del terror votada por el Congreso juarista, contestaron, como un desa-